

IDEAS Y ESTUDIOS

MONTEVIDEO

Se Reparte Gratis

Número 5

LA ESCLAVITUD MODERNA

Escuchad, obreros de todos los países, de todas las ideas; escuchad los que os movéis a impulsos de una aspiración generosa, y los que permanecéis indiferentes a todo lo que no sea la rítmica rutina de la faena diaria. ¿qué contestaríais si os fuese preguntado qué debía hacer el esclavo en un momento cualquiera, presente o futuro?

¿No diríais sin vacilar que el deber del esclavo es revelarse, romper la cadena que le subyuga, sacudir violentamente la tiranía que le ata, que le sujeta a la voluntad extraña? ¿No diríais que su deber imperioso en cualquiera y en todos los instantes de su vida, es levantarse decidido contra el opresor y recobrar por la fuerza su libertad que por la fuerza se le arrebató?

¿Y qué sois vosotros y qué somos nosotros, todos los que del salario vivimos, más que esclavos modernos, esclavos del taller y del terruño, esclavos del Estado y de la Iglesia, esclavos de las fórmulas sociales y de las preocupaciones políticas? ¿Qué somos, víctimas de la latifundia y del mercantilismo, sino verdaderos esclavos del privilegio capitalista y de la infamia gubernamental?

¿Lo dudáis? No, mil veces no; es imposible. La miseria nos rodea por doquier. Hijos sin instrucción, sin pan y sin abrigo; hijas lanzadas a la prostitución, a la esclavitud más horrenda de nuestros tiempos; compañeras obligadas a las rudas faenas de trabajos inadecuados; padres e hijos sin hogar sin alimento y sin ropa, trabajando noche y día, robando a la naturaleza, sus más preciosas facultades para degradarlas en un esfuerzo brutal sin término ni descanso, tal es el cuadro de vuestra servidumbre humillante. Lucha sin tregua es vuestra existencia miserable, y no obstante vuestros titánicos esfuerzos, ¿qué os espera? La cárcel, si en un momento de desesperación lleváis a vuestros hijos un pedazo de pan cogido aquí o acullá; el hospital, si cobardemente se encoje vuestro ánimo y os rendís a lo que llamáis revéses de la fortuna; la limosna indigna, si vuestra altivez de hombre se humilla y os lanza a la calle a implorar la caridad mentida del que os explota y explota a vuestros hijos y mancilla, si puede, a vuestras esposas y a vuestras hijas. ¿Dudáis aún de la certeza de vuestra esclavitud? Dudáis de esa servidumbre que a todos nos comprende y nos envilece? ¿Dudáis que sois esclavos cuando el maestro o el burgués os insulta groseramente, cuando os arroja de sus talleres y os niega el trabajo y con él el raquítico salario con que sella nuestra ignominia? ¿Dudáis de esa servidumbre cuando os arranca a vuestros hijos para convertirlos en arlequines, mientras se exceptúan a los hijos del *amo* mediante un puñado de dinero? ¿Dudáis de vuestra esclavitud cuando se os niega todo derecho a intervenir en la cosa pública o se os concede el del sufragio, para que resulte que es al burgués quien conceden todos vuestros votos? ¿Dudáis aún, cuando, supuesto el ejercicio libre de ese derecho, todo lo que podéis hacer es elegir nuevos amos y remachar más y más vuestras propias cadenas?

En el orden económico, dependéis del favor que pueda dispensaros un burgués cualquiera, industrial o agricultor.

¿Y qué caro os cuesta el favor de que os den trabajo? En el orden político, no podéis pensar ni obrar; si pensáis y obráis alguna vez, es por gracia especial. Pero entonces correis toda clase de riesgos. ¿Ay de vosotros si pensáis u os manifestáis libres, si haceis algo que disguste a los señores? La religión os predica la mansedumbre, el Estado os la impone por la ley, y el Capital, el privilegio de la propiedad, la hace efectiva en todo tiempo y lugar. Vosotros no tenéis otro derecho que el de obedecer y callar, que el de sufrir y resignarse; sois mecanismos supeditados en todo y por todo a los que os mandan desde lo alto. ¿Queréis esclavitud más degradante?

Y si sois esclavos, si no tenéis personalidad propia, ni libertad, ni derecho, ¿a qué esperáis?

Contra la creciente tiranía del privilegio capitalista, contra el despotismo hipócrita del Estado, contra la iniquidad de la Iglesia, nuestro deber es rebelarnos, deber imperioso, ineludible para cuantos sientan en sí mismos la chispa abrasadora que enciende en el ser humano la dignidad, la personalidad, la libertad.

Somos hombres, y debemos ser libres. Arrojos con fuerza de sus pedestales a los que sobre la ignorancia, la sumisión y degradación se erigen en soberanos de vidas y haciendas. Rompamos todas las ligaduras, y rompámoslas violentamente, lanzando al abismo cuanto perpetúa en la sociedad los privilegios y prerrogativas de los que nos esclavizan. El hombre libre e igual al hombre. Que nadie profane la libertad poniendo la impura mano sobre el derecho de su semejante. Que nadie ose interponerse entre los hombres para reducirlos a la obediencia nuevamente.

Ricardo Mella

Hablar menos y obrar más. Hay muchos que se dicen ser revolucionarios en ideas y descuidan la obra en su propia casa.

COSAS QUE FALTAN

Hay un principio creador, hay un principio moralista, hay un principio de vida: la voluntad.

Y es eso lo que falta en los hombres, lo que ellos ignoran. Por eso el llanto interminable, el andrajo, el deshecho, la minucia sin fin, la sequedad de las almas, la ruindad de las vidas.

La voluntad no es nervio en los espíritus, no es razón en los actos, no es ley ni fuerza. Y los espíritus son esta despreciable poma vacía, y los actos son esta servidumbre odiosa que piensa que otra igual acabará con ella, y la ley es imbecilidad, y la fuerza es adaptación, ceguera y pobrismo.

Y la voluntad, esa cosa olvidada, no enriquece la vida.

Se cultiva la obediencia, se cultiva un afán de desesperados, se cultiva una moral de sinvergüenzas. Y la sociedad burguesa vive todavía, todavía mata, todavía explota, todavía los hombres la obedecen, porque aquellos, los de arriba, como estos, los de abajo, son tristes seres sin voluntad,

que tienen muertos los instintos de hombre, que llevan secos los sentimientos de dignidad, de moral humana; secos, áridos, deformes.

Todo está rebajado, atrofiado. No hay vergüenza, no hay dignidad. Es una sociedad repulsiva de raposas. Para sublevarse, espera la voz de mando, la orden. La voluntad no existe, no tiene nota en el concierto, no se la comprende.

Por eso no hay personalidad en los hombres, porque no se trabajan las ideas, porque no se vibra ante las cosas, porque falta sinceridad, convencimiento de vida, porque se es un sonámbulo, un arlequin, un bufón, un criado, un alucinado.

Lo que Tolstoy llamaba el sentimiento religioso, lo que se llama voluntad en una expresión más detallista y simple, es lo único que crea valores, porque trae la fuerza, porque da conciencia y responsabilidad.

Ese es el valor que han de sustentar los hombres: responsabilidad. Cada uno es dueño de sí, es luego responsable de sí. Y mientras no haya responsabilidad, habrá lo abyecto, lo cobarde, la artimaña.

Y mientras no haya independencia, mientras los hombres necesiten la orden, necesiten el amo, necesiten el jefe o el sirviente, es que los valores humanos de la voluntad y la responsabilidad no han sido trabajados, es que no hay hombría y todo seguirá siendo un lupanal, una taberna de borrachos, una oficina de contratos; y todo seguirá siendo una befa, una cosa lúbrica, insultante, una mano grosera que masturba la vida, un pobre campo de hambrientos, tristes y con miedo.

A fuerza de mentirlo todo, de disfrazarlo todo, se han conseguido hacer esta sociedad burguesa, absurda, crápula, que niega los principios más saludables y placenteros de la vida: la libertad, los instintos, la voluntad. A fuerza de mentirlo, de disfrazarlo todo, los seres olvidan los principios necesarios para toda gran emoción, para toda constatación de existencia, de que se es: libertad, responsabilidad.

De «El Hombre».

Tenemos el ejemplo de la tierra.

Cuanto más inteligente seas, un cultivo mayor y más sabrosos serán sus frutos.

PREPARANDO UN NIÑO

La patria.

El sentimiento que más alimentarán en tí, será el de la Patria.

Te harán creer que has nacido por la patria y que tienes que vivir por ella y darle la vida cuando te la pida.

Todas tus iniciativas, todos tus arrestos, tus pensamientos más profundos, querrán que sean para la patria.

Y ¿qué es la patria?

Un absurdo como Dios.

En nombre de la patria, te piden que odies los que han nacido en otro lugar; te exigen que mates a los que no han nacido en el propio suelo que tú; y para lograr ésto, te relatarán historias de otros hombres, que por ser buenos patriotas, hicieron cosas extraordinarias, que tú desearías imitar si no llegaras a conocer el perjuicio que entrañan.

Cada vez que te hablen de la patria, te presentarán a algún general muy entorchado, por haber realizado grandes hazañas.

Las hazañas de los generales consisten en ocupar un sitio fuera de peligro, y mandar a muchos hombres que riñan con otros; y el grupo que más hombres mate, ese es el que gana, pero la gloria, se la lleva el general.

¡Calcula lo que serán en el mañana esos grupos de niños que ahora juegan tan placenteramente!

Dirigidos por generales cuando sean hombres, se acometerán unos a otros, se herirán, se matarán y se odiarán, sin saber más que obedecieron órdenes del general, para cumplir con la patria.

Ahora de niño, te darán muchas veces, como juguetes, sables, carabinas y cañones, para que te vayas acostumbrando a usar esos instrumentos y luego los emplees contra tus semejantes. Los sables, carabinas y cañones, tú comprenderás que no son para jugar, sino para matar, así es que la patria, desde niño, te inclina a esos sentimientos para que luego, tú, creyendo que realizas algo bueno, desees la ocasión de una matanza, para lucir tus habilidades y cumplir como patriota.

La patria divide a los individuos por fronteras: si tú naces en una población y tienes otros hermanos que han nacido en otras, estás obligado, en un caso de guerra, a luchar contra esos hermanos tuyos, porque tienes que defender tu patria y ellos la de ellos. ¿Te das cuenta de lo monstruoso que eso resulta?

Pues la patria te exige ese sacrificio, ese dolor, y tienes que realizarlo y sufrirlo, porque te obligan a ello.

El día que estalle una guerra, te hacen soldado a la fuerza, te arrancan de tu casa, te ponen un fusil en las manos y muchas balas, te obligan a marchar a la voz de mando de un general, que casi nunca conocerás y te obligan a matar o a que te maten, sin que te den más explicación que la siguiente: Por la patria.

¿Y qué te da ella?

Pues la esclavitud, si eres pobre y el látigo de los tiranos, si eres rico.

Para ser rico tienes que robar, matar y explotar a tus semejantes. Mientras más dinero tenga un individuo, más patriota parece y más despojos y crímenes ha cometido.

Todo rico es un enemigo de la humanidad, porque explota a los individuos y dispone de la vida de los pueblos.

La guerra, a la que te obliga la patria, es un medio de que se valen los ricos para hacer negocios. Todas las guerras tienen por objeto, satisfacer las ambiciones de los ricos, que denominados industriales o comerciantes, manejan los resortes de la patria y hacen de los patriotas, rebaños, que se matan, para que los negocios de unos y otros prosperen.

La patria no es más que eso: una estratagema comercial, para realizar negocios, a costa de la vida de los hombres y el progreso de los pueblos.

De «El Peludo»

Revista anti clerical ilustrada

EL COMUNISMO ANARQUICO

Una organización social perfecta, sería aquella que en el orden económico, asegurase a sus miembros la satisfacción de la mayor suma posible de sus necesidades individuales. Estas, no son iguales en todos los seres, ni están en relación con sus facultades de productores, pues no siempre el que más produce es quien más necesidades tiene. Modelo de ese género de organización, es la familia, en la que los bienes se disfrutan en común, consumiendo cada uno según sus necesidades y contribuyendo con su trabajo según sus condiciones. Si la familia es la célula social, la base y el fundamento de la sociedad, para que ésta tenga una organización concorde con la de los grupos familiares que la constituyen, debe adoptar el comunismo y concluir con el absurdo de que las células sociales—las familias—vivan comunísticamente, y el conjunto de ellas se debata en el más egoísta, absurdo y feroz individualismo.

Eduardo G. Gilman

LA ALBORADA

Bajo el yugo opresor yacía el paria
maldiciendo su mísera existencia;
poder que explota la energía humana;
lamento que no rompe las cadenas.

Los pretéritos siglos de ignorancia
destrufan su espíritu rebelde,
matando en ellos el noble entusiasmo
que es atributo de voluntad férrea.

Y hundido totalmente su cerebro
en las tinieblas de una noche eterna,
sufrió la usurpación vil e implacable
que entraña la justicia más suprema . . .

Hombres como él, acaso sus hermanos,
guiados por una ambición perversa,
arrebataronle todos los frutos
que él extraña de la madre tierra.

Mercadearon con sus energías
hasta inculcar en su débil conciencia
que debía al señor su propia vida
para acallar la voz de su protesta.

Despojaronle de hermosos derechos
que a todos diera la Naturaleza,
el derecho de vivir la vida libre
que el amor rige tornándola bella.

Esclavo ya, humillado y vencido,
nadie intentó salir en su defensa,
y cayó el paria, cual despojo humano,
en la más baja y abyecta tutela.

¿Acaso algún superior derecho
que distinguida cualidad encierra,
dió facultad al rico potentado
para que tales actos cometiera?

Nó, fué tan solo la ambición malvada
la que movió a una minoría necia
a convertir la humanidad naciente
en antros de dolor y de miseria.

Han transcurrido siglos incontables
desde que el mal en este mundo impera,
más no cesó un momento la injusticia,
ni el privilegio dió a los hombres tregua.

A cada rebeldía del esclavo
el señor reforzaba sus cadenas,
y apelando a continuas restricciones
predominaba la ley que da la fuerza.

Religiones, Ejércitos, Estados,
todo tiende a imponer la obediencia
que afirma en su sitial al poderoso
lucrándose en la labor ajena.

Más llega ya el momento en que el esclavo
adivina la causa de sus penas,
y arrinconando viejos prejuicios
quiere vivir una existencia nueva.

Unido a sus hermanos de infortunio
adquieren presto el valor de una idea,
y cual bella y espléndida alborada
se lanzan a la lucha intensa, recia.

«¡Queremos libertad!—todos exclaman;
queremos destruir tanta vileza
que humilla nuestra condición de humanos
y el brazo y el cerebro nos enervan.

Los que todos los frutos producimos,
los que creamos todas las riquezas,
vivimos en perpetuas mezquindades
en tanto que el señor se regodea.

Venimos a exigir nuestro derecho
al disfrute de todo cuanto el hombre crea;
no queremos ser siervos del salario;

solo anhelamos nuestra independencia.

En vano buscarán los inconscientes
un paliativo a tan hondas crudezas,
esperarán en vano los ilusos
la fusión de las dos opuestas fuerzas.

Mientras un hombre explote a otro hombre
jamás habrá justicia verdadera;
mientras rija la propiedad privada
no reinará la equidad en la tierra.

Marchamos hacia nuevos horizontes,
vamos a redimir la humana especie
y a unir los seres en estrecho lazo
de amor inmenso y de igualdad eterna.

¡Utopía!—gritan los poderosos—
¡Ofluscados!—los débiles agregan—;
más el paria, resuelto y convencido,
va realizando la magna empresa.

Poder que arrolla lo falso y lo caduco,
rayo de luz que invaden las tinieblas,
a su impulso caerá lo carcomido
venciendo al potentado en la pelea.

Es tan firme el valor de sus principios,
es tan bella y sublime su tendencia,
que a detener su avance no bastarán
todos los privilegios de la tierra,

Federico Fructidor

Confieso que no concedo que exista superioridad ni inferioridad entre el hombre y la mujer.
Los encuentro diferentes, por consiguiente imposibles de comparar.

En todo caso, antes de expresar la idea de que entre los dos el nombre sea el superior, esperaré a que se haya encontrado un medio de prescindir de la mujer para perpetuar la raza, para llegar al apogeo de la felicidad o de la desgracia, y para que el hombre sepa expresar en el arte otro ideal que el que la mujer inspira.

Paul Herrieu

EL EJÉRCITO

La consecuencia más terrible del patriotismo es el militarismo.

El militarismo nació el día en que algunos tomaron para sí lo que pertenecía a todos y resolvieron conservarlo por la fuerza.

También puede considerarse como origen del militarismo el hecho de que algunos hombres decidieron imponer a todos su voluntad. La autoridad no puede subsistir sin el militarismo, sin los medios de mantenerse por la fuerza contra quien se le oponga.

Dícese que el ejército existe para la defensa nacional.

¿Es acaso defender una nación hacerse matar por los intereses de algunos?

¿Hay defensa sin que exista el previo ataque? ¿Quién nos ataca? . . . ¿Con qué objeto . . . ? Acaso para despojarnos de nuestra propiedad? ¡Pero si nosotros no somos propietarios!

No; el militarismo es un medio de servidumbre.

El cuartel hace de nosotros una máquina de obediencia, del mismo modo que nos convierte en máquinas de limpiar cachivaches soldadescos y de marcar el paso. Es necesario obedecer las órdenes más idiotas, contradictorias, inmorales y groseras; es preciso obedecer como un perro adiestrado bajo el látigo del amo, siendo el látigo la ordenanza, que castiga con pena de muerte un ademán de dignidad, un movimiento de rebeldía; se ha de obedecer como un cobarde, porque aún obedeciendo se teme incurrir en el castigo

También del cuartel se saca el culto de la fuerza bruta, la religión de la violencia. Los militares profesionales, los oficiales a quienes se nos entrega durante tres años y esto en una edad en que, casi niños sufrimos fácilmente todas las influencias—forman en la nación una casta aparte, una verdadera categoría de hombres violentos. El mejor oficial, el militar tipo es el que se manifiesta en todas las circunstancias como poseído y dominado por las pasiones violentas. En efecto, ¿qué puede ser la inteligencia y el carácter de hombres que durante toda su vida tienen en sus manos, en vez de la herramienta productora, el arma homicida y que han abdicado de sí una vez por todas ante el capricho del más galoneado? ¿Como tales hombres dejarán de oponer la violencia a la razón?

En frente de la inteligencia y de la energía pacífica que se sacrifican para edificar la obra del porvenir, los porta-sables representan la torpeza y la violencia de las edades pasadas. El ejército, entre nosotros, es como un santuario donde, para dificultar la obra civilizadora y ponerse al progreso, se mantiene cuidadosamente la fuerza bestial idealizada, dorada y galoneada. Y lo peor es que desde el cuartel, tales ideas y costumbres se propagan por contagio a todo el cuerpo social, y los años de servicio son para cada ciudadano un aprendizaje de brutalidad y de bajeza.

La cobardía moral, la costumbre de temblar y de someterse; eso es lo que se saca de los cuarteles.

Saliendo del regimiento se encuentran hombres capaces de hacer traición a los trabajadores, haciéndose polizontes o *esquirols* mata-huelgas.

Pero el ejército desempeña además otro papel, el de ayudante o suplente de los civiles.

En las huelgas se hace intervenir a los soldados, que obstruyen las calles con sus retenes o las surcan con sus trotes y sus cargas cuando los trabajadores, arrancados del trabajo por la rapacidad patronal, piensan razonablemente que su lugar está en la calle.

Y no solo ayudan los soldados al capital con sus armas, sino que reemplazan a los huelguistas en el trabajo, y tenemos que el ejército de la nación, compuesto de hijos del pueblo, va contra el pueblo y al servicio del patrón; o en otros términos: el ejército presta su fuerza mortífera al burgués y en beneficio de éste sustituye a veces al trabajador.

Los gobernantes dicen hipócritamente que el ejército asegura la libertad del trabajo; pero todos sabemos que eso es falso, lo que asegura es el triunfo del explotador contra el explotado.

Esperando el caso de servir para la guerra extranjera, el soldado sirve positivamente para la guerra social, ya que gobernantes y propietarios no retroceden jamás ante el empleo de la fuerza pública cuando temen por su poder y por su dinero. La historia de Francia, como la de todas las naciones, chorrea sangre con las pruebas de esta verdad, en cuanto los hijos del pueblo reclaman un poco más de libertad o algún aumento de bienestar, se les responde a tiros. Sin hablar de las grandes hecatombes, 1330, 1848 y 1871, en que los proletarios cayeron a miles por las balas de los *defensores del orden*, no pasa año sin que aquí, allá o acullá haya matanza de trabajadores.

Cada vez que los trabajadores intentan obtener por la huelga algunas escasas ventajas, la más insignificante mejora, ha de vérselas con la tropa. A cada paso el huelguista tropieza con el soldado.

Somos los proletarios, es decir, los que llevamos hoy todo el peso, toda la tristeza de la Sociedad; el ejército, ante todo, es el sostén de esta sociedad, y sin embargo, el ejército se recluta entre los más miserables, los que más sufrimos por la dominación capitalista.

El día en que la mejor parte de los trabajadores, los conscientes, se presenten a reclamar su parte en las riquezas sociales de que son productores, se dirigirán contra su pecho fusiles, bayone-

tas y cañones.

Los hijos y los hermanos de los trabajadores se convertirán en sus asesinos si no tienen el valor de negarse a esgrimir sus armas, de negarse a la participación en la matanza.

He aquí en qué vienen a parar las grandes declamaciones de la patria, las frases rimbombantes sobre el patriotismo imbécil, no se hace más que justificar, que consolidar en manos de los explotadores y de los gobernantes esa fuerza invencible de que disponen contra nosotros.

Entusiásmase en los burgueses, viendo desfilar los regimientos con sus músicas y banderas, envánzense al ver su brillante aspecto y su aire marcial, a ellos les corresponde, porque esos bravos muchachos van a montar la guardia a la puerta de los bancos, de las fábricas, de los almacenes y de los ministerios; a su vista se presenta la seguridad de sus cajas de caudales, la conservación de sus privilegios.

No nosotros, a quienes se nos ametralla en las calles por un sí o por un no. Para nosotros el regimiento que pasa representa la servidumbre y la vergüenza, porque el hombre del pueblo, en cuanto viste la librea militar, traiciona, a pesar suyo, a los suyos; porque el proletario soldado es el hombre del pueblo amestrado para la defensa de los ricos y de los poderosos, equipado y armado contra sus hermanos.

El militarismo, aparte de su objeto y de la causa de su existencia, tiene aún otro motivo para hacérsenos odioso: lo que nos pervierte.

No solo es el ejército la escuela del crimen, sino que en él se aprende además el vicio, la picardía, la pereza y la hipocresía.

BUSCANDO VOTOS

Todos te miran y te agasajan
mientras que duran las elecciones,
de tí se ocupan, por tí trabajan,
dicen que vales ¡muchos millones!

Los jesuitas te dan el Cielo,
los radicales te dan la Tierra;
después que tragas todo el anzuelo,
todos te olvidan ¡hijo de perra!

Antes que llegues a dar tu voto,
eres valiente, sabio y astuto,
después de darlo tan solo un topo,
cobarde, pillito, vicioso y bruto.

Mientras que duran las elecciones
todos te colman de mil regalos,
después que pasan... contribuciones,
pocas pesetas y muchos palos.

Y sin embargo no causa asombro
verte mendigo, roer mendrugos,
pues que te gusta, poniendo el hombro,
servir de escala a tus verdugos.

Los Anónimos.

Importante

Pedimos a todas las publicaciones Libertarias nos envíen un número como cange.

—Los centros y compañeros, que deseen distribuir estas hojas, pueden pedirlo a la siguiente dirección: ANTONIO FERNANDEZ.—Calle POROGOS N.º 8, entre Fermin Ferreira y Consulado.—Montevideo.

TIRAJE 10.000 EJEMPLARES